

Y Venis se pone del horizonte para
 que pase al sol que lanzaba sus rayos
 sobre el caserío, despertado ya por el
 canto del gallo tempranero y atento

XVI



CHENCHO se casaba.

Los consejos de «Pajarito» no tuvieron la dantoniana elocuencia que necesitaban para poner de bulto las inconveniencias de semejante boda y los contratiempos y privaciones que trae consigo el matrimonio; Chencho se aferraba más y más á lo que «Pajarito» llamaba un capricho, por no condenarlo de locura.

El amor no admite réplicas, no acepta sermones, ni atiende á consejos; va ciego y desalado á su fin: rompe vallas, salva obstáculos, sortea peligros y hace milagros. El «contigo pan y cebolla» es su receta de cocina, y el «quien bien te quiere te hará llorar,» su paño de lágrimas.

La juventud es impetuosa, irreflexiva y egoísta; del barro hace oro; del hambre, poema; del dolor, epopeya; y de la vida, heroísmo.

Chencho, que siempre andaba picando trotecillos, mudando hitos y descabezando poltronerías; hoy aquí, mañana en el otro extremo; viviendo á la libria; asentó el pie; aligeró las manos y se metió derecho por buen camino; dejó la cantina, que fué su centro; olvidó el corrillo del café, tan repleto de gentes holgazanas, de esas que están á qué quieres boca; á cuerpo, qué te faltá; con los ojos pitañosos del mucho dormir; las manos sedeadas del tanto holgar; el pellejo tirante del harto comer; con la panza como parche de tambor, mascando á dos carrillos; con la baraja, como breviario de fraile; á toda hora en las empecatadas manos, puesta en forma de escalerilla, ó cantando moza y apuntando vieja. Todo dejó en testimonio del amor que le tenía á la Micaela; sintióse otro; ya no

U. A. M. P. U.

U. A. M. P. U.

era el Chencho blando; el Chencho perezoso; el Chencho belitre. Aceptó el trabajo como una regeneración y pegóse á él con ansia y con empeño; con la fuerza del remero que acepta el banco para huir de la tormenta y llegar pronto al puerto, donde le esperan la salvación y el amparo de unos brazos abiertos.

Como había probado todos los oficios sin quedarse en ninguno, esta misma inconstancia, que fué la pérdida de su crédito, vino á la postre á convertirse en el principio de su fortuna; porque el Chencho regenerado, el Chencho afanoso, así trabajaba de albañil como de carpintero; así levantaba un muro como acepillaba una tabla; unos días en el andamio y la escalera, y otros con el serrucho y con la garlopa, metía á fuerza de puños dinero á sus economías, que crecían, crecían, saliendo por otra parte para la compra de las donas y el arreglo de la casa; futuro hogar del enamorado Chencho. «Pajarito», al ver todos aquellos pre-

parativos y presenciar tan larga diligencia, movía negativa la cabeza y decía para sus adentros: «¡Locura! ¡locura! ¡Esto pasará pronto! Las dificultades lo empujan; los desdenes de la Micaela lo atraen! . . . ¡Allá veremos!» Y se daba á formar los más amargos pesimismos acerca de aquel matrimonio, hecho á lo que salga y llevado á cabo por arte de encantamiento; porque era lo que pensaba «Pajarito»: «¿cómo es posible que en un día cambie lo negro en blanco, sin entrar en ello la mano del demonio? ¡Y tiene que acabar en mal lo que comienza tan bien!»

Los pronósticos resultaban fatales; y parte por esta obsecación de «Pajarito», parte por la ojeriza que «Pajarito» le tenía á las hijas de Eva, siempre intentaba disuadir á Chencho de su propósito; dejarlo en el buen carril; pero lejos; muy lejos de la coyunda; y á su modo, y como Dios le daba á entender, pintaba con los más negros colores las desavenencias del

hogar; el hambre de los hijos; la incertidumbre de los tiempos y la perfidia de las mujeres.

Chencho se encogía de hombros; chasqueaba la lengua y se pegaba con mucha fuerza á la tarea de todos los días, cuando las advertencias y recriminaciones de «Pajarito» fueran acicate; fueran incentivo para atarlo más duramente al remo.

Por propia mano, y en las horas de descanso de los domingos y fiestas de guardar, Chencho iba haciendo la cama, los taburetes, la mesa y el trastero* á su regalarado gusto y á su real antojo; sin pedirle consejo á «Pajarito» que á todo, invariablemente, se oponía; por esta oposición tenaz, á veces Chencho dudaba de la lealtad de «Pajarito» y achacaba á felenía lo que era previsión manifiesta. . . . «¿Si estará enamorado de Micaela y ahora que la cosa va de veras codicia con ardor lo que antes vió con indiferencia?» . . . Pero no; está enredado con la Charo,* y en ella tiene una hija. . . ¿Quién

sabe?» Y mil conjeturas extrañas y otras tantas dudas insanas amargaban los placidos pensamientos del apasionado Chencho.

Micaela, en tanto, no se daba punto de reposo: de la aguja á la plancha, de la plancha á la batea; lo mejoraba, lo aseaba y lo alistaba todo; de rejillas,* un montón cosían sus habilidosas manos; tan atinadas para estas labores de aguja; no pocas enaguas pasaron por la máquina de coser de la vecina; pañuelos de vistosos colores con lucidas blondas á la orilla; cintas, lazos y flores se compraban y guardaban en el inmenso baúl; las amigas la aturdían con impertinentes y mendaces preguntas. . . . ¿Que cuándo es la boda? ¿Que quién será el padrino? ¿Cuál la madrina? ¿Que si pones casa ó vivirás con tu tía? ¿Que cuándo se abren las velaciones?

Y á cada pregunta Micaela reía, reía como una locuela mostrando la fuerte y

blanca dentadura que brillaba de lim-
pieza...
No sólo Micaela traía la atención ocu-
pada y la diligencia ejercitada en aque-
llas cosas de aguja y de tijeras; sino que
también dejaba lugar para andarse por
el patio con las gallinas, el cerdo y las
macetas; dos gallinas tenía en el nidal,
el cerdo reventaba de manteca y en las
macetas cabeceaban al soplo de la brisa
vespertina, geranios policromos, albos
nardos, candidas azucenas, simbólicos
pensamientos, diminutos heliotropos y
opulentas y gentiles rosas; en las gallinas
con sus crías encontraría recurso para las
semanas en que faltara el trabajo, que á
los jornaleros, aún entre los más solicita-
dos, á menudo falta la obra; el cerdo se
mataría por los días de la boda, á fin de
vender los mantecosos tamales, la sabro-
sa longaniza y los dorados chicharrones,
quedando para el uso diario la manteca;
y las flores, y las macetas, con sus colo-
res y sus fragancias, con su gallardía y

sus matices, adornarían el apartado rin-
cón—un pedazo de paraíso—donde Mi-
caela iría á ocultar la ternura de sus amo-
res y á desplegar el señorío de su reinado.

La tía, enferma y achacosa, miraba
todos aquellos preparativos con mani-
fiesta pena; sabía que su pobre humani-
dad, minada por los años, la reclamaba
la tierra para pagar el tributo que todos
debemos á la naturaleza; y las vecinas,
y hasta la misma Micaela, tomaban á
delicado sentimiento lo que en verdad
era egoísmo puro... El temor á la muer-
te y el apego á la vida; la envidia por la
juventud sana que entra de lleno en el
concierto humano á formar un hogar, á
dar frutos de bendición y á cumplir de-
beres de sociedad...

¡Pobre doña Pepa!

Al vivo se le presentaba su pasada exis-
tencia: el noviazgo de sus mocedades; el
mismo entusiasmo y la propia ilusión pa-
ra entrar por la dorada puerta del matri-
monio á ser reina y señora, árbitra y

soberana, para acabar por vasalla y sierva, por vencida y humillada. . . . y luego, los devaneos, el orgullo y los celos poblando el hogar de visiones horribles, de frío intenso, de silencios fúnebres. . . . El amante de ayer, convertido en el verdugo de hoy. . . . Golpes, vociferaciones, policías, demandas, disputas, deshaucios, abandono y muerte. . . . Después, miseria, limosna y lástima. . . .

¡Pobre doña Pepa!

Y ahora se repetía la escena más dulce de su vida: veía el contento de Micaela, desbordado en canturias y canciones; cuando cosiendo á la máquina, cuando regando las flores, iba de aquí para allí como tierna avecilla que se despierta al primer día de primavera con las alas fuertes y el pico canoro; picando en esta rama; balanceándose en aquella copa; sintiéndose libre del cautiverio de la jaula; enamorada del sol ardiente; acariciada por el aura matutina; remojada en la traviesa en la tersidad del río y deslum-

brada por el espléndido colorido de las flores que inclinan sus embriagantes corolas al beso de la brisa como un suspiro de amor y de ventura. . . .

También ella ¡pobrecilla! tuvo alas livianas y pico canoro; y cantó á los días vernaes, y saludó á la pradera, y se embriagó con el perfume de las flores; pero ¡ay! vino la realidad, fría y severa, á cortarle las alas, á callarle el pico y á cerrarle los ojos. . . . Todo volvióse negro, pavoroso y lúgubre. . . . Y la pobre doña Pepa lloraba, lloraba, cayendo sus lágrimas sensibles en el centro de su corazón, seco por las desgracias y sinsabores de su vida pasada, para hacer germinar la plegaria reverente que sube al cielo y consuela á los desheredados. . . .

Estaban para abrirse las velaciones, y ya se había corrido la última amonestación: el casamiento de Chencho se acercaba. . . .

Nada faltaba en la casita, blanca y reluciente por la brocha del albañil, ale-

grada con la cenefa verde, símbolo de la esperanza, que ceñía como una orla, el pie de las enlucidas paredes.

A Micaela se le ofreció de madrina la última ama que tuvo; una señora rica, viuda, y con pretensiones de dama caritativa; «Pajarito» sería el padrino, mal de su agrado y á pesar de su eterno maldecir de las mujeres y abominar del matrimonio.

¡Ojalá tuviera buena mano!

La madrina se desvivía por arreglar el festejo de la boda; no quería omitir ningún gasto; pues deseaba en esa ocasión echar la casa por la ventana.

La comida se haría en el amplio patio de la casa de Micaela; los corpulentos árboles y las dilatadas veredas servirían de fresca sombra y perfumado asiento para las largas y provistas mesas. Ya tenía contratados á los músicos para que tocaran todo el tiempo que durara la comida, y de comestibles y de manjares se prometía tener bien surtida la cocina, amén

que desde muy temprano andaría con los brazos arremangados hasta el codo; desplumando aves; degollando pavos y gallinas en horrorosa hecatombe que ni la de Herodes; enalbardando patas de cerdo; emborrazando pechugas y alones para que se asen sin chamusquinas; cantando caldos y espesando moles; entre el humear de cazuelas, el gorgoritear de cacerolas y el chirriar de sartenes, cuyos apetitosos olores trascenderían en todo el barrio indicando la comilona que se le preparaba á novios y convidados, fuera de los regalos que sin duda vendrían y de los encargos hechos por otras cocinas.

Chencho no cabía en sí de gozo; á todos quería abrazar, estrujar, como la manifestación más vehemente de la dicha que experimentaba con tener al pronto alcance de la mano su no cumplido deseo.

Por última vez quiso aquel sábado despedirse de la vida azarosa de soltero, de los antiguos camaradas de sus tiempos de calavera; pensó en concurrir al café,

sitio que le recordaba las ya lejanas holganzas, y una vez en él; convidar á todos aquellos vagabundos, tahures y trapaceros, que desde las primeras horas de la mañana hasta las últimas de la noche se están apoltronados en las sillas formando corrillos, mentideros, escándalos, en los cuales la palabra soez, la carejada ríspida y las exclamaciones obscenas eran el pábulo de todos los días, aparte de aquel puntillo de agrio, de aquel granito de sal, que daba gusto, ponía sazón y hacía gracia á las murmuraciones cotidianas y á las calumnias desenfrenadas de aquella charla desatinada é insípida, propia de tales vagos, follones y tahures.

De pronto la reflexión lo contuvo; pero el peligro que ofrecía aquella última parranda, le atrajo con insistencia.

Y fué al corrillo, y se metió en el mentidero, y le saludaron con falsas muestras de alegría sus antiguos camaradas, y se burlaron de su pasada ausencia y de su postiza compostura, y le llamaron

hipócrita, y bruto, y embustero, y loco, y vinieron por remate las copas sobre el tablero del mostrador; entonces del beber sin tiento y con hartura, del pagar sin cuenta y del jurar con desparpajo. . . .

¡A la salud de Chencho!—gritó Gañote que trincaba á cada trique, aprovechando aquella ganga que le prestaba el inopinado desprendimiento del Chencho.

¡Por la mujer del bienaventurado!—gritaba otro del grupo, empujando el codo.

Así se sucedían las rondas; se vaciaban las copas y se llenaban las vacías. . .

—¡Ejta va por mí! . . .

—¡No: que á mí me toca! . . .

—¡Oye, «Buchaca,» sírveme un coñas de cinco ceró! . . .

—¡Un güisque! . . .

—¡Tóo lo que quieran! . . .—afirmaba Chencho con desenfado.—¡Hoy pago hasta la risa!

—¡Qué armáo anda el arrepentío!—decía Gañote, gorgoriteándole en la garganta el último buche de aguardiente.

—¡Jasta aquí me llega el agua!— y Chencho se golpeaba los bolsillos que sonaban con un ritintín metálico y tentador.

—¿Quién paga ejto?— preguntó el canastinero después de servir una ronda.

—¡Yo, hombre, yo! ¡Qué no sabej, crijtiano, que Chencho Lope se casa! . . . Y óra vaj á tomar una copa conmigo!

—¡No tomo!

—¿Que no tomaj? . . . ¿A mí me desairas, «Buchaca»? . . . ¡Tóo porque soy probe! . . . ¡Cuando te evitan los de livita bien que te la empujas! . . .

—¡Vamoj, porque no digas, tomaré una copa . . . pero náa má una! . . .

—Güeno: asina me gujtan lo jombre! . . . ¿De qué te la echas? . . .

—¡De vermú!

—¡Jasta no verte, crijto mío! . . . ¡Ora sirve otra convidáa!

—¡Pá mí otro coñas!

—A mí . . . ¡ya sabej! . . . catalán con dulce!

—¡Oye, tú, ven á tomar algo! . . . ¡Hoy pago jasta la risa! . . .

La rueda aumentaba; todos hablaban á la par, sin modo de entenderse; unos porfiaban que Chencho no se casaría, diciendo: «¡ven el corral, pues no hay toros!»; otros reyertaban porque les habían servido ginebra en vez de catalán con jarabe; cuáles pedían agua de célis;* quiénes una aceitunita; se brindaban cigarros y se encendían fósforos; la atmósfera se enrarecía con el humo del tabaco, con el fuerte olor á aguardiente y los sudores de aquella chusma; gritos desaforados; manazos sobre el mostrador; choques de copas; abrazos efusivos; lenguas desatadas; todo y todos formaban una patahola que echaba el café abajo.

—¡Que se ripita!

—¡Yo no sirvo má si no me pagan laj otra! . . .

Al oír esto, Chencho, echado el sombrero al cogote, oculta la frente por las greñas que se le venían á los ojos en-

carnizados y lacrimosos, abierta la boca sedienta, con las faldas de la camisa fuera del pantalón, arrebañó el dinero que tenía en los bolsillos; sacó la mano repleta de monedas que se le escapaban por entre los dedos para caer al suelo en argentina lluvia; tiró al mostrador las que le quedaban, y dijo con arrogancia:

«¡Ai tienes pa que noj traiga ma aguardiente!... ¡jijo de la requintáa!»

Los parásitos de Chencho anduvieron por los suelos á la rebatiña, cogiendo una moneda aquí y otra por donde alcanzaban á tomarla; Chencho se quedó agarrado del mostrador para tenerse en pie rezongando y blasfemando despiadadamente. . . . Poco á poco sus antiguos camaradas escabulleron el bulto con la rapiña á buen recaudo, y Chencho se quedó solo, gesticulando y echando bravatas por su estropajosa lengua. . . .

— «¿Onde se jueron esos jijos de la requintáa? . . . »

— ¡Qué sé yo!— contestó el cantinero

que estaba de tueste por la bronca.

— ¡A mí, «Buchaca» no. . . me se ice

eso! . . .

Y se echó sobre el mostrador; tiróle una bofetada al dependiente, con tan mala fortuna, que puso á rodar el mostrador abajo un rimeró de copas que al dar con estruendo en el suelo se hicieron añicos.

— ¡Tú eres. . . un. . . jijo de la requintáa! . . . Yo no tengo ni padre. . . ni madre. . . ni perrito que me ladre. . . .

¿Sabes? . . .

Y tiraba reveses al aire; se bamboleaba; se despatarraba; se tropezaba como

si debajo de sus pies se abrieran hoyan-

cos. . . .

«Otra copa! . . . » Y al pedimento unía

el manotazo sobre el tablero que hacía

trepidar los fraseos y botellas en los ana-

queles.

El cantinero no obedecía las órdenes

terminantes de Chencho.

«¡Que otra copa!!! . . . ¡Otra copa igo! . . .

No. . . oyes. . . jijo de la requintáa! . . . »

Y volvía á tambalearse, á tirar revéses y á gesticular ademanes.

Dando traspies se fué á sentar á una silla; cayó de golpe sobre ella sin poder acertar con el asiento y por la torpeza se vino de bruces al suelo.

Lo duro del golpe le arrancó interjecciones y juramentos que llenaban los ámbitos del café para salir, en seguida, por las puertas con escándalo de los transeúntes.

A poco—ya era tiempo—se presentaron dos agentes de policía; Chencho estaba luchando con el suelo como con una fiera; él á levantarse, y el suelo que no lo dejaba; tal parecía que le agarraba las ropas y le ceñía el cuerpo en esta precarísima lucha; el sombrero se quedó por un lado y la camisa se le desgarró de la espalda. . . .

Uno de los policías le tomó por debajo de los brazos y otro por las piernas; gritó, lloró y maldijo de su suerte; y pate-

ando y vociferando se lo llevaron á la cárcel.

Micaela cantaba alegremente en la mañana de aquel domingo ante el espejo de una velada y marco descantillado; con un pedazo de media, que acostumbraba hacer de mota, iba tomando blanquete del pan de cascarilla en forma de rombo, y extendiendo el afeite cuidadosamente por la piel aterciopelada de durazno en sazón; después se cubrió la cabeza con el clásico paño; compúsose unos chinos que rebeldes se le venían á los ojos negros, hermosos, profundos, de miradas lánguidas y húmedas, con brillos de estrellita y parpadeos de astro; por sobre el embozo del paño asomaba un moño rojo sus puntas levantadas, movibles como una inmensa mariposa que aleteara inquieta y temblona aprisionada en la alta diadema de las redondas trenzas; un último vistazo al espejo; unos buenos días á la tía

y: . . . ¡tan! ¡tan! ¡tan! . . . la campana llamando aprisa y Micaela á paso ligero tomando camino de la iglesia. . . .

¡Tan! ¡tan! ¡tan! . . . La campana seguía su toque continuado y vibrante y los fieles en rebaños penetraban por el pórtico del templo.

¡Tan! ¡tan! ¡tan! . . .

Chencho, cayendo sobre el suelo entarimado de la cárcel, se quedó dormido como un muerto; roncaba cual marrano y daba vueltas y vueltas de igual suerte que si le agitaran las sensaciones de terrible pesadilla.

Tras una reprimenda del Alcalde; una multa de á cinco pesos, y una fianza de «Pajarito,» salió Chencho bien de mañana de la prisión, molido, cabizbajo y avergonzado, esquivando encuentros con sus amigos y preguntas y comentarios de los vecinos.

Recordaba su pasada borrachera; la

carga que le dieron sus antiguos camaradas, y las copas y copas que bebió de un trago, sin sorbos ni paladeos, á manera de quien bebe amarga pócima y encuentra en las heces de tales libaciones veneno y afrenta, culpa y castigo.

Venían trechos de sombras y humos vacíos en su memoria; olvidaba el reguero de monedas que dejó por los suelos; la rapiña voraz de sus compañeros de juerga, y los insultos y las insolencias que propinó al cantinero porque no le sirvió otra copa. . . . La cabeza le dolía y le zumbaban los oídos. . . . el estómago lo tenía en hilo y las bascas se lo revolaban. . . . ¿Y qué fueron de los quince pesos que llevaba bien apañados en moneda sonante y contante dentro de los segundos bolsillos? Nada. Ni una peseta le restaba de aquella suma, producto de su último trabajo! Y se santiguaba de haber gastado en unas cuantas horas lo que había ganado en dos semanas de penosa tarea. Maldecía de los amigos, renegaba

de las cantinas y mandaba al demonio las ofertas de amistad y las protestas de cariño de aquellos solemnes bribones que le acompañaron hasta la última peseta y una vez que le vieron con los bolsillos vacíos, la boca injuriosa y los pies tambaleantes, tomaron las de villadiego, dejándolo en la pelaza con el cantinero. . . ¡Amigos! ¡Amigos!

Buenos gorriones serían aquellos holgazanes que andaban á la que caiga por cantinas y burdeles, lejos del trabajo desertando de los talleres y propagando la vagancia. . . .

¡Qué horribles las pocas horas de cárcel!

Montones de carne pútrida, amasada con aguardiente y lágrimas, allí, hacinda en la tarima, con rostros abotagados, manos temblorosas, habla enronquecida, ojos lacrimosos y mirada triste, muy triste, en el fondo de la cual se leía una historia de relajación y de perfidias, de abandono y de miseria. . . . Caras hoscas,

patibularias, que le miraban fijamente con idiotéz que causa miedo, y en toda la figura mugrienta, un pelaje que asco provocaba. . . . Y él, allí, en medio de tanta ignominia, de tan lamentable miseria, en vísperas de salir de la iglesia con su Micaela de brazo para llevarla al hogar tranquilo, resguardo contra las maldades del mundo y amparo contra las asechanzas de los hombres.

Entonces comprendió Chencho lo mucho que amaba á Micaela; por ella, sólo por ella, había dejado con voluntad firme y arraigado propósito la vida de holganza, de bribonería, que le iba acercando, poco á poco, al abismo sin fondo de la hampa callejera que pulula entre los corrillos de cafés maleantes, y frecuenta las cantinas, y aumenta los mentideros y aumenta la riña, y desarrolla el escándalo de la chismografía. . . . ¡De buena se ha salvado!

El remordimiento de un instante de pobreza le mordía duramente en la con-

ciencia! . . . ¿Qué diría Micaela? ¿Qué de razones tendría ahora «Pajarito» para llamarlo reincidente, traidor y embustero! . . . Sin embargo, de «Pajarito» poco que se curaba; sabía que le perdonaría á las primeras palabras de arrepentimiento, y que toda su vida de regeneración, valía más que unas cuantas horas de borrachera. . . . ¿Pero Micaela, la exigente Micaela, que pedía templanza, laboriosidad y corrección? ¿Qué de aspavientos para acusar el desliz! ¿Qué de presagios para augurar lo futuro! . . . Y no valdrían palabras azucaradas y súplicas mimosas. . . . inflexible le daría en el rostro con la falta y lo intimidaría con decirle que para duro castigo la boda iba á retardarla un par de meses. . . . ¡El, que estaba que se despicaba porque el señor cura les echará la bendición y los uniera como la Iglesia manda y su corazón quería! . . .

Y con estos pensamientos, avivados unas veces, debilitados otras y voltejeán-

dole siempre, se entró á su casa, donde ya «Pajarito» le esperaba con impaciencia y con cierto temor de que Chencho fuera á alguna cantina á curarse la eruda* y pescara con el remedio otra pítima de Dios y muy señor mío.

Chencho, por primera vez en su vida, sintió sonrojo delante de su amigo; humilló la cabeza y cerró el labio; «Pajarito» lo miró con marcado aire de reconvencción y le dijo luego con ironía:

«Y tú eres el que vají á darle una vida angelical á tu Micáila! . . . Güena comienza la enmienda. . . Si eso jaces en vijperas de casorio, ¿qué sucederá en cuanto se te pase la culequera? * . . .»

«Bonita la ha jecho! . . .»

«Aquí tienes cuatro peso que me dió «Buchaca,» de los que tirastes sobre el mostrador. . . ¡Si botabaj la plata como si fuera regadera! ¿Y pa qué? Pa que la pepenaran* loj otro que ejtaban á la que caíga. . .»

En seguida concluyó con más reposo:

«Pagué la multa al Alcalde y prometí que no volverás á probar el demoño del aguardiente. Ah, ¡Ora tu sabej si me jaces quedar mal!»

«Y no me vengas con promesas y juramento que ya sé ónde llegan.»

Chencho aguantó el chaparrón con la misma timidez que en la escuela sufría los fuertes julepes del iracundo Marmolillo.

«Me voy!» —dijo «Pajarito» para terminar. —¡Y ojalá que no se repita la choricera!»

Chencho juró no probar el aguardiente en todos los días de su vida.

A la salida de misa las amigas rodeaban á Micaela, abrumándola á preguntas y asediándola con indagaciones. Unas la miraban con el rabillo del ojo y soltaban la carcajada (éstas eran las solteras); otras ponían más arriba de las nubes la guapeza y gallardía de Micaela,

para tomar punto y hablar de la próxima boda y del enamorado Chencho (éstas eran las envidiosas). Ella sonreía y se abanicaba muy satisfecha. Romualda, la fiera Romualda, fué la que soltó la noticia.

—¿Ya sabes, Micáila?

—¿Qué cosa, Romualda?

—Que Chencho el sábado se puso una pica* muy grande.

—¿No me jigas!

—¡Como te lo cuento! Tiró un plato* como si San Juan y Copu hu-

bieran caído juntos! Copaj pa ejte, copaj pa el otro, ¿qué sé yo! Una barbaridad!

—Y ái me tienej tú que se ajumó* y se lo llevaron á la gayola! . . .

—Y ái durmió la mona* jasta hoy muy tempranito!

—¿Qué cosa? —preguntó Micaela muy alarmada.

—¡Lo que oye, Micáila, lo que oye! . . . Pero jué de purito contento porque se va á casar contigo . . . ¡Cáa crijtiano cele-

bra su santo combúe! Y no é chij-me ni cosa por el estilo. Esé la verdá. Y como lo jombre son libres pa jacer su rial gana. Chencho hizo su santísima voluntá! Y adiocito y no te enoje por tan poquita cosa!

Micaela se puso roja de vergüenza, de cólera, de despecho.

Aquella deslenguada le amargaba el último domingo que iba soltera y alegre á misa para pedirle á Dios por su felicidad futura, por la dicha de su hogar, por la tranquilidad de su vida; y mohina, desatinada y frenética entró á su casa; tiró dos ó tres sillas; arrojó con rabia el paño sobre la cama; manoteó, pateó, gritó y acabó por llorar mucho, mucho; primero desafortadamente, después en silencio, hasta que los suspiros le cortaron el llanto y de sus labios salió una imprecación, que no se sabe si fué para condenar á Chencho ó para maldecir á la chismosa de Romualda.



Viva el padrino!»

«Vivan los novios!»

Y la flauta quejumbrosa, el gá-mulo violín, el alharaquiento clarinete y el agudo y penetrante pistón* tocaban precipitadamente diana, mientras los invitados palmoteaban y charlaban en sus asientos.

En el patio—cubierto de poblados árboles, con brotes nuevos, fragante por las florescencias de los copiosos rosales—se puso la mesa á lo largo de un escampado que arrancaba de la casa hasta la mayor extensión de él, limitado por alta cerca de madera; á un remate de la mesa, se adosaba otra más pequeña, que formaba con la primera una inmensa T; en